

# Grotesco ~ A gótico Épico

Por GE Graven



## Capítulo XVI



~Lázaro yacía sobre un lecho de arpillera rellena de heno; sin embargo, su cabeza estaba en otra parte, en su

Un cuerpo de sueños familiar pero ilimitado. Y era muy consciente de que, si un sueño se convertía en pesadilla, podría fácilmente espabilarse lo suficiente como para evocar un paisaje onírico más agradable. Sin embargo, quizás en un giro inesperado de la percepción, Lázaro comprendió que la única pesadilla de la que despertar era la realidad de su confinamiento tras una tosca puerta. Con ello, se sumergió aún más en su sueño. Al fin y al cabo, estaba sentado solo, en la cima de una colina cubierta de hierba, oyendo el canto de los pájaros y disfrutando del calor del sol de vera

Un verde brillante contrastaba con un azul profundo : las colinas ondulantes y el cielo inmenso se extendían en todas direcciones. Al mirar a su alrededor, solo entonces divisó el castillo, situado en la colina justo detrás de él. La estructura, estrecha y ancha a la vez, se alzaba hacia el cielo, rompiendo el horizonte verde y azul con un brillante tono blanco. Las múltiples facetas de sus muros escalonados y aterrazados parecían completamente lisas, sin ventanas ni puertas. Se puso de pie y caminó hacia él, mirando hacia atrás solo una vez, como si por casualidad pudiera vislumbrar su propio cuerpo, que aún dormía en un lecho de heno mientras se alejaba.

Al acercarse al lado estrecho del edificio, descubrió una única puerta blanca, apenas perceptible por una tenue grieta que recorría el perímetro de su marco. Lázaro abrió la puerta y descubrió un oscuro pasillo que conducía al interior. Como los de la Abadía de Benión.

Túnel, sus piedras de las paredes eran de un gris catacumba y brillaban por la humedad; y el mismo dulce olor a descomposición flotaba en el aire húmedo. La curiosidad lo aguzó; y salió sigilosamente con Pupilas cada vez más dilatadas, siguiendo los giros y recovecos del pasillo oscuro. Sus pies estaban helados contra las losas húmedas del pasillo. Al doblar otra esquina, se quedó paralizado y aguzó el oído hacia gritos lejanos y resonantes. Delante de él, una sección iluminada Las banderas lo llamaban con un suave resplandor.

Para Lázaro, todo fue un sueño. Siguió la luz y descubrió una entrada. Se asomó por la esquina y vio una gran sala llena de gente. Entró sin llamar la atención con su llegada, mientras evaluaba su entorno; era como si su presencia no tuviera importancia para lo que sucedía dentro de la sala. Observó su entorno: soldados con escasa ropa y espadas anchas bordeaban paredes iluminadas con antorchas; y frente a él, un hombre con túnica y capucha completa estaba de pie detrás de una mesa parecida a un altar, sosteniendo una un bastón alto a su lado. Lázaro supo al instante que era una especie de sacerdote. Lázaro buscó rasgos sutiles que pudieran revelar la forma de su rostro, pero solo encontró una penumbra oscura bajo su capucha. Sin embargo, la superficie de la mesa de piedra era claramente Visible, con su rostro chamuscado y oscurecido, tal vez revelando la presencia previa de incendios frecuentes. Era negro, incluso más negro que el hollín de las tallas que antaño adornaban las paredes de las catacumbas de la abadía. Miró detrás del altar, hacia un hombre que apareció abruptamente junto al sacerdote, mostrándose como un individuo grande, desnudo y desaliñado, que observaba fijamente a Lázaro.

—¡Que salga! —gritó el sacerdote hacia la entrada.

Eljo se giró y descubrió a dos soldados que avanzaban apresuradamente arrastrando a la habitación a un prisionero demacrado y desnudo. Lázaro retrocedió y ladeó la cabeza, intentando descifrar el significado de la continua angustia del hombre sudoroso. Y salvaje era, con sus captores; pataleaba y resoplaba, echaba espuma por la boca, ponía los ojos en blanco y lanzaba su cabeza huesuda y calva alrededor. Los dos soldados detuvieron al hombre en el centro de la habitación, lo obligaron a arrodillarse y le extendieron los brazos, estirándolo hasta colocarlo en posición.

—¡Hay que enmendarlo! —exclamó el sacerdote sin rostro, golpeando su bastón contra el suelo de piedra.

—¿Hecho bien? —preguntó Lázaro.

El sacerdote se volvió y le informó: "Hay que arreglarlo".

Lázaro miró al hombre desaliñado que estaba junto al sacerdote, quien solo asintió con la cabeza mientras lo observaba con frialdad. Lázaro se volvió y se preguntó en voz alta: "¿Arreglado?". Pero antes de que pudiera encontrar la mirada del hombre, un soldado corpulento blandió una espada ancha y le cortó la cabeza, que rodó por el suelo junto a Lázaro. Este saltó hacia atrás, escudriñando la cabeza solitaria y el torso inerte, que los dos soldados aún sujetaban con fuerza.

Inmediatamente, dos enanos obesos, completamente vestidos con pieles de animales, entraron en la habitación. Uno portaba un cuchillo curvo para trincar; el otro, un mazo de albañil y una larga punta de hierro. El enano del cuchillo se apresuró hacia el cadáver y le arrancó trozos de carne del cuello, alisando el corte anguloso de la espada. El otro hombrecillo recogió la cabeza del muerto y la llevó hacia la parte posterior del torso.

Entonces los dos enanos trabajaron al unísono; el primero se encorvó y apoyó las manos en las rodillas, permitiendo que el segundo se subiera a su espalda, con la cabeza y el martillo aún en la mano. El enano de arriba colocó la cabeza hacia atrás sobre el torso, le abrió la boca y le clavó la estaca de hierro en la lengua, fijando así la cabeza firmemente al cuerpo. Y tan rápido como aparecieron, los dos enanos desaparecieron de la habitación.

Aturdido, Lázaro apartó la mirada de lo grotesco y cuestionó al sacerdote.

"¿Por qué?"

A lo que el sacerdote respondió con serenidad: "Era un demonio; estaba roto, pero ahora está arreglado".

"¿Arreglado? ¡No! ¡Está roto!" , gritó Lázaro; "¡Está muerto!"

«Ya no le atormentan sus pasiones desenfrenadas», explicó el sacerdote. «Está en paz consigo mismo. Ahora está sereno».

"¿Tiene la cabeza hacia atrás! ¿Cómo se arregla?"

Por un instante, el sacerdote sin rostro se limitó a mirar a Lázaro. Luego asintió bajo su capucha antes de dirigirse a él: «Veo que tú también estás sumido en una pasión desenfrenada, igualmente destrozado». Señaló a Lázaro y se volvió hacia los soldados. «Arreglenlo también».

Un soldado corpulento con una espada ancha manchada de sangre se acercó a él cuando Lázaro retrocedió lentamente, tartamudeando: «No; ya estoy listo. Quiero decir; no estoy ...»

Lázaro giró y huyó de la habitación; corriendo por el pasillo negro del que había venido, cuando de repente descubrió que los giros y recovecos del corredor, antes familiares,

habían cambiado. Y con cada esquina redondeada, con cada pasadizo que se ramificaba, más arterias divergían, como si el pasillo hubiera explotado en una red de túneles que, en conjunto, formaban un laberinto negro aparentemente inescapable. Y cada nuevo pasadizo parecía incluir aún más escaleras que el anterior, como si cada dirección de ellos solo lo condujera más alto y más profundo en el gran castillo blanco. Y justo cuando recordaba

los apresurados pasos y gritos de los soldados, mientras era perseguido por las catacumbas de la abadía.

Ahora oía sonidos similares de guardias que lo perseguían. Sin embargo, en su mente sabía que solo estaba soñando, ya que su cuerpo se encontraba en otro lugar, lejos de él, sellado tras una

puerta tosca, en un silencio sepulcral, y permanecía inmóvil como, tal vez, un cadáver en la cripta de

Bastón.

Sin embargo, Lázaro dobló otra esquina y descubrió una puerta tosca, reforzada con hierro, por la que se deslizó rápidamente y se encerró dentro, incluso mientras un grupo de Los soldados pasaban a su lado, sus pasos se desvanecían en la distancia. Lázaro se apoyó contra la puerta y suspiró.

—No debes estar aquí —susurró una voz jadeante a sus espaldas.

Lázaro, sobresaltado, se giró rápidamente. Ante él, en la pequeña, sellada y desordenada habitación, había un El hombre yacía en una cama con dosel, cubierto con una sábana que dejaba al descubierto solo su cabeza. Y debajo A la luz de una lámpara de aceite cercana, Lázaro reconoció los rasgos familiares del rostro del hombre.

“¿Cómo puedes estar aquí y allá en el mismo lugar?” preguntó Lázaro, señalando hacia adentro. la dirección de donde venía.

—Oh, no, no fui yo. Nos parecemos mucho —reveló el hombre con voz débil y hueca—. Es mi malvado hermano, al que viste junto al sacerdote. Y te matará cuando te encuentre. No estás a salvo aquí. Vendrá; siempre viene aquí. Cayó en un ataque de tos, eructando mientras gemía, y apretó aún más la sábana contra su cuello, como si de repente se hubiera helado hasta los huesos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lázaro, dando un paso al frente.

—Eres muy amable, joven. Ahora estoy mejor, mejor que antes. Sin embargo, debes marcharte, no sea que venga a por ti como vino a por mí.

Lázaro se giró hacia la puerta con la intención de marcharse cuando oyó el sonido cada vez más fuerte de pasos pesados, y quizás los mismos ruidos de los soldados de los que una vez había logrado escapar. Se acercó al hombre mientras escudriñaba la habitación. —¿Hay otra salida de aquí?

—Debes esconderte —respondió el hombre—. ¡Viene a por nosotros! Se giró hacia el otro extremo de la cama y se incorporó, dándole la espalda pálida a Lázaro mientras lo miraba por encima del hombro y lo reprendía—. ¡No deberías estar aquí, despertándome de mi descanso! ¡Y sin embargo, aquí estás!

Gritos afuera; la puerta retumbó, como si la golpearan con los puños.

“¡Y ahora debo esconderte de él! ¡Ven!” , exclamó, poniéndose de pie y volviéndose. Y cuando el hombre desnudo quedó frente a Lázaro, Eljo sintió como si sus entrañas se derritieran; pues todo el torso del hombre estaba completamente hueco y limpiamente destripado. de sus órganos—el espacio vacío solo revelaba un útero acanalado y abierto de tejido rojo que brillaba a la luz de la lámpara de la habitación . El hombre hueco se movía furioso alrededor de la cama y señalaba dentro de su cavidad. “¡Date prisa! ¡Debes esconderte!”

Lázaro se apartó de él, incluso mientras seguían golpeando la puerta. “¿Ahí dentro?” No; muéstrame otro sitio.

“¡No hay otro lugar! ¡Entra ahora y te salvaré de él!”

Era como si las tablas de la puerta vibraran con el estruendo de todo un ejército; y

Lázaro cedió, introduciéndose con cuidado todo su cuerpo en la cálida y húmeda cavidad del hombre.

Una vez dentro, Lázaro podría haber parecido un marsupial en la bolsa de su madre, asomándose desde el caparazón del hombre. Ahora, con Lázaro a su lado, el hombre, visiblemente embarazado, se giró y caminó hacia la pared del fondo de la habitación, acercándose a una única ventana abierta que ofrecía una vista del cielo nocturno.

—Pero no vi ninguna ventana en la pared —comentó Lázaro—. ¿Y ya no hay luz del día? ¿Cómo es posible?

—Cállate —le regañó el hombre en un susurro—. ¡No vaya a ser que nos descubra! Nos esconderemos fuera de la ventana y podría darse cuenta de que la habitación está vacía. Y mientras el hombre se sentaba a horcajadas sobre el alféizar de la ventana, Lázaro vislumbró el suelo, que parecía estar tan lejos de él como la altura combinada de los muchos escalones que había subido previamente antes de encontrar la habitación vacía del hombre. «Nos colgaremos fuera de la vista. No encontrará a nadie dentro y continuará su búsqueda en otro lugar», añadió el hombre, dejándose caer y quedando suspendido contra la pared exterior del castillo, sujeto únicamente por sus dedos para no caerse.

—¿En otro lugar? —preguntó Lázaro, moviéndose, solo para sentir sus alas completamente atrapadas entre las costillas del hombre.

“¡Quédate quieto! ¡Shhh!” , siseó el hombre, cuando el sonido de una puerta que se cerraba de golpe indicó que el malvado hermano había entrado con éxito.

Lázaro contuvo la respiración al oír las palabras estridentes del gemelo malvado del hombre bueno, que decía: «¡Arréstenlo; nada de espadas! ¡Quiero a ese muchacho roto, ileso!» , lo cual, para él, era la mismísima voz del hombre llamado Capitán Bourne.

Al oír el caos que provenía del exterior, a Lázaro le pudo haber parecido que los soldados habían saqueado cada rincón de la habitación. Luego se hizo un nuevo silencio, lo que sugería que, tal vez, el grupo de búsqueda se había marchado.

De repente, la voz amenazante del Capitán Bourne, que venía desde arriba, gritó: "Así que ahí estás, con Jonás en tu vientre".

“¡No debes! ¡ Te lo ruego, hermano! ¡Ayúdame a entrar por la ventana! No puedo sostener los dos

ja nosotros!”

“Es hora, hermano. No estás bien colocado; algo anda mal contigo.”

“¡Ayúdenme! ¡Me estoy cayendo...!”

Lázaro sacó un brazo del cuerpo hueco del hombre, intentando agarrarse a la cornisa, incluso cuando esta se desmoronaba a su alrededor. Cayó al suelo, aún atrapado entre las costillas.

¡CRASH! Golpeó el suelo con tanta fuerza que casi le robó el aire; sin embargo, salió arrastrándose del cuerpo destrozado del hombre, intentando despertarlo. “Debemos

¡Huyan! ¡Dense prisa! Sin embargo, el buen hombre estaba muerto. Lázaro se detuvo a considerar el terrible Los acontecimientos no eran más que los ingredientes de una pesadilla, y que tal vez podría escapar del momento despertándose a sí mismo, de alguna manera.

“¡GRRR!” Lázaro se giró y vio a un gran perro rojo a su lado, persiguiendo su cola. Se puso de pie lentamente y la bestia desaliñada se detuvo de repente y se giró, como si de repente lo notara. Luego se arrastró hacia adelante y se detuvo. Bajo la luz de las estrellas, Lázaro vio sus rasgos enfermizos: sus ojos llorosos; su boca echaba espuma; sus patas temblaban y su pelo carmesí parecía grasiento y enmarañado. Era como la Muerte de cuatro patas, que se negaba a aceptarse a sí misma. La bestia le suplicó a Lázaro, fuera de sí, mostrando colmillos rotos y podridos: “Buen señor, debo besarle en su cuello. Se lo ruego; por favor, ayúdeme a estar bien.”

—Yo... perdóname; yo... no puedo —murmuró Lázaro, retrocediendo mientras se alejaba del perro, que agonizaba visiblemente. Buscó su camino y se encontró en una colina solitaria, sin rastro de un castillo blanco. No había árboles; nada se veía a simple vista, salvo un paisaje de colinas onduladas aparentemente interminables que se extendían bajo un cielo negro e inmenso, y la bestia enferma frente a él.

—Pero debes hacerlo —insistió el animal desde su mente. Cojeando, acertó la distancia entre ellos, mientras mostraba más de sus dientes podridos—. Solo un beso, lo necesito. Debes confiar en mí; seré amable.

Lázaro negó con la cabeza. —No, no puedo. Hay algo que no está bien contigo, y con lo que me pides.

“No pasa nada. Un beso y me curaré.”

—¿Y qué será de mí después? —preguntó Lázaro, retrocediendo rápidamente.

La bestia trotó tras él, pensando en voz alta: "Por favor, préstame el costado de tu cuello para un simple beso, amable señor".

Lázaro se dio la vuelta y salió corriendo. Saltó por los aires y extendió sus alas, dirigiéndose hacia el cielo vespertino.

El perro de la muerte lo siguió; no echó a correr, sino que continuó trotando justo detrás de él, repitiendo las palabras de su mente: "¿Su cuello, señor?".

Lázaro batió sus alas y no ganó altura. Una y otra vez, saltó hacia adelante, se agitó sus alas, y volvió a ponerse de pie, pareciendo él mismo un pájaro con las alas recortadas, intentando volar. A Lázaro le pareció como si el aire hubiera perdido su tensión, dejando sus alas incapaces de generar sustentación significativa. Y echó un vistazo detrás de él para ver al perro. Sin embargo, la bestia seguía siguiéndole; ahora trotaba erguida sobre sus cuartos traseros, caminando en posición vertical.

“¿Su cuello, señor?!”

Lázaro replegó sus alas y echó a correr a toda velocidad. Huyó de la grotesca bestia a través de las colinas, pero no ganó terreno; era como si el aire se hubiera convertido en gel, o como si estuviera atravesando agua. No encontró ningún lugar discreto donde esconderse ni un camino claro que seguir, ya que la tierra se extendía sin fin, irregular y en todas direcciones. Y para él,

La idea más inquietante de todas era que no estaba soñando, que no podía simplemente despertar de aquel momento, que parecía, en todos los sentidos, una pesadilla interminable.

De nuevo, se dio la vuelta y descubrió que el perro erguido se había convertido en el sacerdote encapuchado que recordaba del castillo blanco.

—¿Su cuello, señor? —gritó el sacerdote, persiguiéndolo con su alto bastón—. Arregle ¡a mí!”

—¡No! —espetó Lázaro—. ¡Déjame en paz!

“¡No!”, repitió el hombre de la túnica. “¡Arréglame!”

Aún caminando, Lázaro vio al hombre quitarse la capucha para revelar el rostro familiar, que También pertenecía a los hermanos gemelos; ahora eran tres.

Se impulsó hacia adelante, inclinándose contra el viento, que era como agua, hasta que sus manos casi tocaron el suelo. Entonces se agarró a la hierba y se impulsó hacia adelante mientras corría, usando sus brazos como dos piernas más. Con cada nueva zancada de sus piernas, arañaba el suelo con los dedos, arrastrando la tierra cada vez más rápido bajo él. De nuevo, él Miró hacia atrás y descubrió la creciente distancia que lo separaba del sacerdote. Entonces se lanzó hacia adelante, apoyándose firmemente sobre sus cuatro patas, para galopar por las colinas y abrirse paso, al tiempo que presenciaba un cambio abrupto en sus rasgos faciales: un largo hocico sobresalía ante sus ojos. Y como un perro salvaje, voló contra el viento.

¡GOLPE! Lázaro saltó de su cama mientras antorchas y soldados armados llenaban la habitación y lo rodeaban. En un suceso aparentemente vago y repentino, Lázaro se vio atado y sacado a toda prisa de la habitación. Los hombres lo arrastraron por un pasillo que lo alejaba de la entrada del pozo y lo llevaba hacia el corazón del castillo.

Filas de soldados listos flanqueaban su camino a través del pasillo continuo, subiendo una escalera de caracol, hasta llegar a un corredor más amplio en el segundo piso. Sus escoltas condujeron a Lázaro a través de una entrada arqueada. Durante el trayecto, el olor combinado a heno, sudor, orina y sangre se hizo más perceptible; y Lázaro arrugó su nariz de Eljo.

Finalmente, vio cómo las paredes cedían para revelar un vasto recinto: un gran salón con imponentes muros y un techo abovedado. Los hombres lo llevaron al centro del salón y

Le ordenaron que permaneciera allí, mientras se unían a sus compañeros soldados, que estaban de pie contra los muros perimetrales. Y la entrada de Lázaro provocó una serie de susurros y jadeos que resonaron por todo el salón, los muchos ruidos mezclándose en un solo sonido que podría haberse asemejado al siseo incesante de una serpiente monstruosa. Lázaro examinó el gran salón y sus masas reunidas.

A su izquierda, mujeres angustiadas y niños aterrorizados se acurrucaban ante una serie de arcos. Entre ellos, divisó el rostro familiar del ayuda de cámara, que había venido a servirle, pero al que despidió con carne. Sin embargo, no vio a la lavandera ni a sus tres criadas. Y más allá de los sirvientes y los niños, divisó una fila de soldados que estiraban el cuello para verlo mejor.

Frente a él, una plataforma elevada, similar a un escenario, se extendía desde la pared, sobre la cual se encontraban varias filas de hombres, dispuestos como un coro. Algunos eran caballeros de gala, otros vestían túnicas de dignatarios; sin embargo, la mayoría vestía ropas modestas. Justo delante de ellos, una larga mesa de muchas patas se alzaba sobre la plataforma. Un mantel desgarrado y arrugado cubría un tercio de su superficie, desbordándose sobre las losas. Manchas y salpicaduras marrones manchaban el mantel, evidenciando la sangre derramada por espadas. La parte expuesta del tablero estaba repleta de cascos, espadas y otros objetos diversos.

A la derecha de la mesa, un hombre estaba sentado en una silla elaboradamente tallada y parcialmente rota, con las piernas cruzadas, los pies en alto y las botas ensangrentadas apoyadas sobre la mesa. Para Lázaro, su imponente presencia y su mirada penetrante sugerían la identidad de absoluto autoridad: era el único hombre sentado a la mesa. El hombre era de considerable estatura, tenía los ojos muy separados, mejillas anchas y una barba espesa. Su abundante cabello le colgaba pegado a la cabeza, como si estuviera comprimido por el sudoroso interior de un casco. Llevaba un vendaje en el brazo derecho y sostenía un pergamino con la mano sana. En general, su postura y semblante denotaban inquietud, con los pensamientos interrumpidos por una distracción repentina.

A su derecha, filas de ballesteros listos se alineaban frente a enormes columnas de madera espaciadas uniformemente que bordeaban un alto muro. Una gran entrada se ubicaba en el centro del muro; y su marco y puertas dobles reforzadas con hierro estaban abolladas y deformadas. Las puertas permanecían cerradas de forma irregular, lo que le permitió a Lázaro vislumbrar el cielo nocturno; y divisó la parte superior. La curva de una luna creciente que lo observaba desde lo alto de la cresta de una muralla. «Nunca antes el cielo me había parecido tan cercano y a la vez tan distante», concluyó.

Miró hacia atrás, hacia la entrada del pasillo por donde había venido, para verlo.

Igualmente congestionada de soldados; sin embargo, la pared trasera contigua permanecía desprotegida, con simples montones de arpillera rellena de heno apilados contra su base. En la cara de la pared, había Colgaba una serie de tapices antiguos, bordados con coloridas insignias y escudos de armas. Sin embargo, la disposición simétrica de los tapices dejaba un espacio vacío entre ellos, una zona que parecía necesitar ser cubierta, ya que se trataba de una región con piedras de pared de color más claro.

“Lázaro Gogu; ¿así que dices que eres?”

Lázaro se dio la vuelta y encontró al hombre de pie, con el pergamino aún en la mano.

“Yo soy Lord Hugon; autoridad reinante sobre estas tierras.”

—Mi señor —Lázaro lo reconoció con una profunda reverencia. Se incorporó para mirar a Hugo. examinando el pergamino con ojos curiosos.

Mientras leía, Lázaro lo vio inclinar la cabeza; fruncir los labios y arquear una ceja; levantar la cabeza y mirarlo fijamente.

A lo que Lázaro asintió y respondió secamente: "Mi Señor".

—Eso dices —exclamó Hugon. Se giró hacia atrás y llamó, de entre la formación coral, a un dignatario ataviado con una túnica. Mientras el hombre se sentaba a la mesa, Hugon Apuntó con su pergamino hacia Lázaro y añadió: «Y así lo veré».

Lázaro observó al hombre de mediana edad, bien arreglado, colocar una pila de pergaminos nuevos sobre la mesa. El hombre, vestido con una túnica, puso varios tinteros con plumas listas junto a la pila antes de ocuparse del intrincado montaje de un artilugio de latón con forma de trípode. Lázaro suspiró y echó un vistazo a las puertas maltrechas del vestíbulo y a la luna que brillaba al descubierto.

—Avanzad, despacio —ordenó Hugon.

Lázaro se acercaba cuando Hugon lo detuvo con una mano, diciéndole:

"Quédate ahí".

Lázaro obedeció y volvió a prestar atención a la meticulosa preparación del aparato metálico por parte del hombre. El inusual dispositivo medía poco más de treinta centímetros de alto sobre tres patas desplegadas y sostenía, verticalmente dentro de su estructura, un plato de latón fijo y cóncavo, de poco menos de treinta centímetros de diámetro. Lázaro divisó la brillante superficie interior del plato, que relucía como un fino espejo de latón, toda su superficie centelleaba, salvo una delgada banda perimetral, continua y sin pulir, que parecía contener grabados detallados. El hombre sujetó el disco a unos soportes y, mientras ajustaba la inclinación horizontal y vertical del objeto con una serie de palancas, Lázaro estudió su tosca parte posterior. La superficie contenía un gran grabado ornamentado: el de una serpiente alada, enroscada sobre sí misma, devorándose la cola.

Sin embargo, la complejidad y el extraordinario diseño del artillugio no terminaban con el plato. Las dos patas del trípode, las más cercanas al hombre, sostenían una repisa suspendida y sobresaliente, sobre la cual se encontraba una pequeña carcasa reflectante con una compuerta deslizante. El hombre colocó una vela encendida dentro. Ajustó el obturador, mientras enfocaba el espejo de latón, hasta que Lázaro vio el rostro del hombre brillar por el reflejo de la llama. Entonces el hombre se giró hacia Hugon y asintió con una mirada radiante; sin embargo, hizo un gesto con el dedo levantado, como sugiriendo que necesitaba un momento más de preparación.

La mirada de Lázaro también se dirigió hacia Hugon; sin embargo, en su recorrido, reconoció un rostro familiar entre las personas dispuestas como un coro detrás de la mesa, y con él, una mirada inesperadamente fría y distante, la de Lord D'Alcicourt en persona. Lázaro lo miró fijamente, tal vez con la esperanza de encontrar en él algún atisbo de ayuda voluntaria. Sin embargo, D'Alcicourt se limitó a observarlo desde detrás del hombro de otro hombre sentado, sin ofrecerle a Lázaro más que una mirada vacía.

Hugon desafió a Lázaro, agitando el pergamino. «En mi mano tengo constancia de tus palabras. Te presentas como Lázaro Gogu, un cristiano que vuela». Hugon frunció el ceño y asintió. —Ya veremos.

—Señor D'Alcicourt —gritó Lázaro en dirección al señor depuesto—. Si le place, mi señor, le ruego que me ayude. Pero D'Alcicourt nunca apareció.

—¡Cállate la lengua! —gritó Hugon, arrojando el pergamino sobre la mesa y saltando desde la plataforma elevada. Se abalanzó sobre Lázaro mientras desenvainaba una daga.

Lázaro contuvo la respiración mientras Hugon le colocaba la hoja en la garganta.

Las palabras de Hugon resonaron por todo el salón: "¡Yo soy el único Señor de estas tierras!"

¡Otra vez que pronuncies su nombre, tu cabeza estará a mis pies! ¿Me entiendes ?

Lázaro tragó saliva y asintió. —Perdóname, mi Señor.

—Solo esta vez —respondió Hugon con severidad—. No perdonaré semejante ofensa más que una vez.

—Eres misericordioso, mi Señor —dijo Lázaro, bajando la mirada hacia la espada que Hugon sostenía en la mano.

Hugon retiró el cuchillo, murmurando: «En efecto, lo estoy; pero no con aquellos que podrían conspirar para asesinarme mientras duermo». Agarró el brazo de Lázaro y lo condujo hacia el hombre de túnica y su extraño artillugio de latón, mientras le preguntaba: «¿Está preparado su plato?».

—Un momento más —dijo el hombre antes de corregir a Hugon con un marcado acento italiano—: Moonwindow, mi señor, no es un plato.

—¡Date prisa! —le gritó Hugon al hombre mientras miraba a Lázaro—. Necesito saberlo.

Observó fijamente los ojos de Lázaro y se preguntó en voz alta: «Verdaderamente azules, como el mar más profundo». Golpeó su espada contra la mejilla de Lázaro. «Ábrete».

## Lázaro abrió la boca.

«¡Y qué dientes tan grandes tienes! Como los de un lobo». Golpeó su espada contra un colmillo cuando Lázaro retrocedió de un salto y cerró los labios. «En verdad que sí». Hugon sonrió con sorna a un Lázaro que fruncía el ceño antes de colocarse a su lado.

## Lázaro lo observaba de reojo.

Hugon movió con delicadeza su daga para apartar un mechón de cabello negro y dejar al descubierto la oreja caída de Lázaro. "¿Qué orejas tan extrañas son estas: de gato, de perro o de demonio?"

—Cristiano, mi Señor —se defendió Lázaro.

—Como dices —respondió Hugon, que ahora lo rodeaba—. ¿Y estas alas monstruosas son de qué ave, murciélago o bestia?

—Un hombre volador, mi Señor —respondió Lázaro—. Soy un hombre volador cristiano.

«Eso dices; sin embargo, yo solo he visto esas alas en descripciones esquemáticas de demonios y dragones. Carecen de plumas y no poseen la belleza que tienen las alas de los ángeles.» Y nunca he visto un dibujo de un hombre cristiano que vuele”. Hugon se inclinó a su lado y susurró: “¿Qué opinas de eso?”.

Lázaro apretó la mandíbula, se giró y se dirigió a Hugon: «Si le place, mi señor, podría mandar que alguien hiciera un retrato mío».

En un instante, Hugon se apartó, alzó su espada, la bajó, rió entre dientes y asintió, admitiendo: «Y astuto, por cierto. Sin embargo, me complacería aún más si, por favor, desplegaras tus alas».

Lázaro suspiró y extendió sus alas; y toda la sala contuvo el aliento.

—¡Silencio! —ladró Hugon, incapaz de apartar la vista de Lázaro. Retrocedió y contempló la imponente envergadura de sus alas, de punta a punta; y negó con la cabeza—. Ciertamente no son alas de ángel; demasiado bestiales, incluso espantosas.

Lázaro plegó sus alas mientras Hugon lo rodeaba y miraba más allá de la mesa, y en dirección a un caballero semidesnudo. Le preguntó: "¿Has encontrado al obispo y al escriba?"

—No, mi señor —respondió bruscamente el soldado—. Y no estaban entre los muertos.

Hugon asintió y se volvió hacia Lázaro con evidente decepción. Se aclaró la garganta, se acercó rápidamente a Lázaro y cruzó los brazos en un gesto desafiante. «En una declaración jurada, afirmaste que puedes volar, sin necesidad de descanso, durante media noche».

“Sí, mi Señor.”

Hugon entrecerró los ojos y se inclinó hacia adelante, añadiendo: “Lo que me lleva a preguntar: ¿por qué dijiste, 'durante media tarde', en lugar de 'durante medio día'?” Hugon se inclinó hacia Lázaro,

estando tan cerca, que Lázaro podía sentir su aliento en su nariz. Hugon tiró del collar de cuero de Lázaro para dejar al descubierto la cruz de oración de madera que asomaba por debajo de su blusa negra. "¿Hay algo que pueda impedirte volar a la luz del día?" Frotó la cruz entre sus dedos mientras clavaba sus ojos en los de Lázaro, esperando respuesta.

Lázaro apartó la mirada antes de dar una respuesta reflexiva: «Los cielos más frescos del atardecer son más adecuados para las labores del vuelo, mi señor».

Hugon sopesó su respuesta con los labios fruncidos antes de asentir. «Y supongo que volar no es tarea fácil; al igual que algunas batallas se libran mejor bajo la luna». Luego, dirigió una mirada severa a Lázaro y continuó: «Y al igual que algunos hombres mueren mejor en la serenidad del sueño».

—Tal vez, como usted dice, mi Señor —ofreció Lázaro.

Hugon soltó la cruz de oración, retrocedió y blandió su daga. «Levanten las manos».

Lázaro apretó la mandíbula cuando Hugon cortó la cuerda que le ataba las muñecas, diciendo: «Tienes los dientes de un demonio; orejas diabólicas; alas de dragón; y una mirada azul fría que emana de tus ojos como la de un mar helado».

La cuerda se deslizó, enrollándose en el suelo.

“Señor, soy un cristiano que vuela ...”

“¡Ya veremos!” , exclamó Hugon.

Lázaroladeó la cabeza.

Hugon comentó: “No te libero de tus ataduras por confianza ni por bondad”.

“¿Mi Señor?”

Hugon explicó: «Mientras un demonio esté atado, dirá y hará cualquier cosa para liberarse . Ahora eres libre de hablar y actuar ante mí como quieras». Hugon retiró su espada y ofreció sus manos vacías. «Si deseas matarme, tu momento ha llegado».

Lázaro echó un vistazo detrás de Hugon y vio que D'Alcicourt seguía oculto tras otros hombres.

Entonces se dirigió a Hugon: «No deseo hacerle daño a nadie, mi señor».

—No importan tus deseos ni tus palabras —replicó Hugon, tomando a Lázaro del brazo y acercándolo aún más al hombre vestido con túnica que estaba en la mesa—, yo averiguaré tus verdaderas intenciones. **de la placa lunar” . Le preguntó al hombre: “¿Estás listo?”**

—Casi, mi señor —respondió el hombre antes de asomarse por el costado del artilugio y susurrarle a Hugon—: No es un plato lunar, ni un plato de ventana, ni una ventana de plato. Es una ventana a la luna.

Hugon lo despidió con un gesto petulante de la mano. “¡Así es! Haz lo que tengas que hacer; yo

Ahora, trae al hombre alado ante ti.

—¿Ventana lunar, mi Señor? —preguntó Lázaro.

Hugon lo miró fijamente. «En efecto. El único y verdadero ojo divino del destino, donde las vidas de los hombres que aún no han vivido y las formas de los reinos aún por nacer quedan grabadas para siempre en piedra.» Con un gesto y la mano abierta, Hugon presentó a Lázaro al hombre vestido con túnica: «Permítame presentarle a mi maravilloso astrólogo y sacerdote, Albeard de Elhosie. Como profeta de profetas y mi vidente personal, Albeard es el hombre que le vio entrar sigilosamente por la ventana de mi torre y matarme con una daga mientras dormía.»

Lázaro apretó la mandíbula, cerró los ojos y consideró la acusación aparentemente absurda. Y en su breve reflexión, comprendió que alguien le había informado a Hugon de un complot propuesto, que lo involucraba a él, una daga y la ventana de una torre.

Miró en dirección a D'Alcicourt; y sus ojos lo buscaron; pero el señor derrocado permaneció oculto entre la multitud. Y giró y escudriñó a los sirvientes, buscando otro rostro conocido entre la masa; pero no encontró rastro de su ayuda de cámara. Del mismo modo, no vio a la lavandera ni a sus doncellas entre ellos. Lázaro suspiró y se defendió apelando a lo obvio: «Sin embargo, usted no está muerto, mi señor. Y he permanecido bajo constante vigilancia desde mi llegada. Yo no podría hacer tal cosa».

Hugon sonrió con sorna y asintió. «¡Oh, pero lo hiciste, dentro de tres vísperas, y aun así detuve tu mano asesina!»

Un mareo invadió a Lázaro, quien respiró hondo. «Señor, si le place, no entiendo lo que quiere decir». Negó con la cabeza. «Si me hubiera detenido, como afirma, no habría podido hacer tal cosa, ni siquiera dentro de tres noches».

A lo que Hugon respondió: «Es la gracia de Dios, mi astrólogo y su maravillosa placa de ventana ...»

—Ventana de la Luna, mi Señor —interrumpió amablemente Albeard.

—El mismísimo —afirmó Hugon, y continuó—, y con el don de Albeard y su —bendita— máquina, puedo presenciar los acontecimientos antes de que ocurran. En verdad, he visto mi propio destino ...

Hugon se volvió y proclamó ante toda la sala: «—¡Como futuro rey de muchos reinos!»

Sus soldados alzaron los brazos y gritaron como un coro de vítores. Hugon sonrió antes de callar. El salón con mano tranquilizadora. Se volvió hacia Lázaro, afirmando: «Se requerirá más que un hombre volador y una daga para deshacer mi destino divino.

Lázaro miró a Albeard; sin embargo, el hombre de la túnica simplemente le devolvió una mirada entrecerrada y asintió mientras recolocaba los pergaminos frente a él. El hombre sacó una pluma de un pozo, secó su punta y, sin apartar su atención de los preparativos que seguía realizando,

Hugon le dijo: “Mi Señor, es hora”.

Hugon asintió y ordenó a Lázaro que permaneciera donde estaba. Luego subió a la plataforma de piedra y rodeó la mesa mientras arrojaba su daga sobre ella.

Al regresar a su silla parcialmente carbonizada, Hugon llamó a todas las personas en el salón: “Todos mis hombres de armas conocen la práctica; quiero silencio absoluto”. Luego se volvió hacia los sirvientes del castillo. “Y espero que mis nuevos sirvientes cumplan con lo mismo. Además, cada mujer deberá cuidar del niño que esté a su lado; y cada una responderá por cualquier alteración del orden público sobre su hijo. Mis hombres se moverán rápidamente para silenciar cualquier alteración, ¡incluso para golpear! No se equivoquen en mi palabra, pues no hay excusa con la que negociar, una vez que... ¡Listo! ¡Ahora, asuman sus nuevos roles!

Las mujeres se abalanzaron entre los sirvientes reunidos, agarrando a los niños y tirando de ellos hacia sus pechos, llevándose los dedos a los labios y susurrándoles con fiereza al oído.

Los niños asentían con la cabeza y las mujeres los acunaban mientras una nueva calma se apoderaba de los sirvientes.

Hugon miró por encima del hombro y se dirigió al coro de dignatarios y caballeros ataviados con túnicas, que formaban una hilera junto a la pared. Les hizo un gesto de despedida con la mano, diciendo: «Apártense de nosotros; dejen paso a la revelación». Como una ola, la formación comenzó a dispersarse, dejando espacio solo para Hugon y su astrólogo. Se giró y señaló a Lázaro, lanzándole una advertencia cortante y terrible: «Si te mueves o hablas, morirás». Luego chasqueó los dedos hacia la fila de ballesteros que se encontraban junto a las maltrechas puertas dobles del salón, antes de hacerle un gesto. Ellos obedecieron, apuntando sus arcos hacia Lázaro.

Lázaro contuvo la respiración, desviando su atención de Hugon al astrólogo y luego al grupo de hombres que se movían tras ellos y la mesa. Mientras los hombres continuaban su dispersión, más abajo en la pared, Lázaro volvió a divisar el rostro de Lord D'Alcicourt y lo miró fijamente a los ojos. Sin embargo, D'Alcicourt no se movió con los demás; permaneció inmóvil, con la mirada fríamente fija en él. Lázaro negó con la cabeza y se encogió de hombros, sugiriéndole en silencio la pregunta: “¿Por qué?”. En ese instante, Lázaro comprendió perfectamente el motivo de la continua distancia de D'Alcicourt. Antes de asimilar la conmoción, Lázaro lanzó un siseo que sacudió toda la sala: Lord D'Alcicourt no tenía torso; en su lugar, solo el mástil de un alto candelabro servía de soporte para su cabeza decapitada.

“¡Arriba las reverencias! ¡Arribadlo!”, gritó Hugon. Los soldados acudieron a su llamada y, mientras los ballesteros alzaban sus armas, una fila adyacente de espadachines se separó de sus filas y rodeó a Lázaro, envolviéndolo en un círculo cerrado de espadas desenvainadas. “Si él

¡Atraviésalo! —Luego se dirigió directamente a Lázaro—: ¡Prohíbo todo lenguaje diabólico y grito demoníaco! Seas hombre volador o no; si vuelves a silbarme, morirás en el acto.

“No harás —”

"¡Silencio!"

Lázaro apartó la mirada; sin embargo, desde cualquier ángulo, solo veía espadas alzadas. Una gota de sudor le escocía en el ojo; le ardían los oídos y le vino a la mente la imagen del fraile Clodio y su bastón de castigo.

Hugon rodeó furioso al astrólogo, chasqueando los dedos con impaciencia y señalando la Ventana Lunar.

El astrólogo colocó una pluma mojada sobre un pergamino en blanco y se inclinó frente al plato con espejo.

En toda la sala, ni una tos o un estornudo rompieron el silencio impuesto; mientras el astrólogo permanecía sentado, absorto en el resplandor convergente de la Ventana Lunar.

Lázaro fijó su mirada en el hombre, cuya penetrante expresión se fundió con la luz del reflector del trípode. El ceño del hombre se tensó y sus ojos se retrajeron como los de un ave rapaz que acecha, mirando fijamente hacia la eternidad. Los labios del hombre temblaron mientras murmuraba para sí mismo, y Hugon retrocedió con cuidado para no molestarlo.

Hugon se movía sigilosamente detrás de Albeard, mirando por encima de su hombro y observando el pergamino en blanco. El astrólogo hipnotizado, aunque absorto en su artilugio, escribía palabras mientras Hugon las repetía en silencio para sí mismo:

Donde se reúnen criaturas salvajes con chacales  
Los demonios se reúnen con gritos de burla  
En reposo, posado así sobre nidos de búhos.  
Una sombra angelical devastadora reposa

Invocando la lujuria, tal como para robar Su semilla  
En sueños, ¿se reproduce esta Reina de los Demonios?  
Mientras ella —

El astrólogo se volvió hacia Hugon mientras su rostro ardía intensamente bajo el resplandor de la Ventana Lunar.

“¡Dios mío, no!” , exclamó, con los ojos llenos de lágrimas.

Hugon se echó hacia atrás, pensativo. "¿Quién sabe qué?"

Al instante, la Ventana Lunar atrajo la atención de los dos hombres; ahora brillaba con un tono azulado; y, en su mismo centro, un punto de luz azul más brillante se extendía hacia afuera, expandiéndose.

en un anillo azul celeste que se expandía lentamente hacia afuera y hacia el perímetro redondo del espejo de latón.

—¿Qué novedad es esta? —preguntó Hugon, apartándose del astrólogo y de su Ventana Lunar—. ¿Qué ocurre? —Sacó su daga de la mesa—. ¿Qué te pasa?

El astrólogo miró a Hugon, riendo y llorando a la vez. Se encogió de hombros. "Es su madre".

Se persignó con el pulgar, y entre lágrimas continuó riendo mientras se ponía de pie y miraba a Hugo. «San Dionisio, protégenos».

Hugon presionó su daga contra el pecho del astrólogo. "¡Recupérate! ¡Dímelo!"

El hombre intentó responder con titubeante: "Su madre... no... ¡no podemos hablar de ella, mi Señor!"

Agarró el brazo de Hugon. "¡Aquí no; ahora no! ¡No!"

Hugon se giró y golpeó la Ventana Lunar, arrojándola fuera de la mesa y haciéndola volar por el pasillo. Cayó frente a los aterrorizados sirvientes. Presionó la hoja contra el cuello del astrólogo. "¿Y su madre?"

El hombre se orinó encima y lloró.

Hugon lo presionó. "¿Quién es ella?"

"Ella lo es... te lo ruego, mi Señor."

Hugon presionó la hoja bajo su mandíbula.

"Ella es: Lil— ¡Dios mío, no debemos!"

Hugon sacó un hilillo de sangre. "¿Pequeño... pequeño qué?"

—¡No! —insistió el astrólogo—, ¡Señor, ahora no!

"¡Ahora!", gruñó Hugon.

"¡Lilith! ¡Heyle! ¡Lucifae! ¡Estrella de la Mañana! Tiene muchos nombres", gritó antes de desplomarse. al suelo, y desmoronándose en un hombre ensimismado y sollozando.

"¡Wa-hoom! ¡Wa-hoom!" Un lejano cuerno de batalla resonó fuera del salón del castillo. Hugon dirigió su atención a las puertas dobles de hierro del salón, medio cerradas, e hizo un gesto a sus hombres para que aseguraran mejor la entrada. Fuera del salón, y entre el lejano y urgente llamado a las armas, Hugon oyó apresuradas órdenes de defensa inmediata fuera de las puertas dobles, junto con los gritos superpuestos y horribles de los soldados moribundos. Las puertas El lugar resonaba con los golpes y el estruendo de los puños y las alabardas, y con una tensión acentuada por gritos ahogados de urgencia.

El interior del salón se llenó de un silencio sepulcral mientras cientos de ojos permanecían fijos en las puertas dobles cuando Lázaro miró a los sirvientes apiñados y divisó a un niño solitario, abriéndose paso entre niños y mujeres que lloraban. El niño se agachó cerca de la Ventana Lunar y buscó ojos que lo observaran cuando vio la mirada de Lázaro. Con una

Con un brillo en los ojos, hizo un gesto hacia Lázaro, llevándose el dedo a los labios antes de recoger la Ventana Lunar y escabullirse de vuelta por donde había venido. Lázaro dirigió su atención a Hugon y lo encontró dando vueltas y dirigiéndose a la cabeza de D'Alcicourt: "¿Qué, en nombre de Dios ...?"

Exteriormente, la breve mirada de Hugon sugería un intento de extraer de ella cualquier revelación que Quizás de alguna manera revelaría una estrategia, por absurda que fuera, que podría incluir atacarlo después de que hubiera asegurado las fortificaciones enemigas. Sin embargo, rápidamente descartó la cabeza cercenada y su propio razonamiento incoherente, y se volvió hacia la astróloga afligida. "¿Ella? ¿Quién? ¿Qué es esta Mujer Demonio de muchos nombres?"

¡BOOM! Una explosión colosal sacudió el salón hasta sus cimientos. Sirvientes y soldados huyeron despavoridos mientras un torrente de piedras del techo se estrellaba contra el piso central del salón; y la fuerza de la explosión casi derribó a todos los guardias. Los escombros cayeron del techo, mientras una densa columna de polvo se extendía por el suelo y se expandía como un hongo, llenando cada rincón del salón con ceniza y arena. Y en las secuelas, en ese breve y tenso instante, cuando los hombres se recompusieron torpemente, cuando el último rastro de polvo se asentó y el silencio se apoderó del salón como un suspiro contenido...

Mujeres y niños gritaron; los hombres se apresuraron a esconderse detrás de sí; y el círculo de espadachines huyó de Lázaro, dejándolo agachado cerca del suelo y pareciendo listo para abalanzarse sobre la presencia que se revelaba ante él. Orejas hacia atrás, ojos desorbitados, alas extendidas y colmillos listos, Lázaro siseó ante lo que la bruma que se disipaba reveló. Ante él, el Gigante Cerdo batió sus alas, arañó el aire con sus garras, alzó sus colmillos y se presentó con un rugido resonante que incluso hizo temblar el castillo.  
piedras de la pared.

Bajo los arcos del techo, que se habían debilitado, enormes columnas de roble se astillaban y se rompían alternativamente bajo el peso cambiante de las piedras de soporte. Gradualmente, como una torre de Babel derrumbada, aún más del techo del salón cedió su dominio sobre el cielo. Secciones enteras se derrumbaron. En conjunto, sus piedras cayeron a la tierra como un golpe aplastante del martillo de Thor, arrasando las filas de soldados. Los hombres ilesos se enfrentaron a la Bestia mientras ballesteros y arqueros disparaban sus armas para cubrir su flanco más cercano con viroles y astas de flecha clavadas. El gigante rugió y se tambaleó para encararlos cuando una segunda oleada de astas dio en el blanco frente a él. Sin embargo, solo gruñó con fuerza y no avanzó. En cambio, los ignoró y dirigió sus ojos negros hacia Lázaro. "¡Acaba con él!", gritó Hugon mientras se lanzaba detrás de la mesa y se arrastraba por el suelo. Se apresuró a pasar por encima del astrólogo acurrucado y lloroso antes de ocultarse debajo.

la mesa. Dignatarios ataviados con túnicas siguieron su ejemplo, apiñándose en la parte inferior del soporte; y Luchó contra ellos en defensa de su territorio.

Lázaro fijó su mirada en el Gigante Cerdo mientras este se retiraba rodeando la mesa. Y observó los movimientos del gigante encorvado mientras seguía avanzando con las garras abiertas y las alas desplegadas, incluso mientras más flechas acribillaban las paredes de su piel áspera y sin sangre. Lázaro se detuvo y giró sobre sí mismo; y de espaldas a la pared, miró fijamente al gigante alado. Cara a cara, hombre volador contra bestia voladora, Lázaro adoptó una postura igualmente inflexible; mientras se agachaba, extendía los brazos bajo las alas desplegadas y dejaba escapar un siseo malicioso.

El Gigante resopló y cargó contra Lázaro, blandiendo unas poderosas garras que hicieron volar la mesa. Sin embargo, antes de que el objeto se hiciera añicos, incluso antes de que impactara contra la pared, el Monstruo zarandeo con su otra extremidad a la masa de hombres apiñados, haciéndolos caer de un lado a otro por el suelo del salón, convirtiéndose en un amasijo de restos retorcidos. En el firme agarre de las garras del Demonio, Hugon podría haber parecido una muñeca aturdida y delicada. Lázaro intentó huir, pero el gigante se abalanzó y estrelló las puntas de sus colmillos contra la pared. Atrapado, Lázaro se giró lentamente y, en ese instante, vislumbró un reflejo de sí mismo en los ojos del ogro: la imagen del propio reflejo de Eljo, la que se mostraba en su brillante superficie negra. El cabello de Lázaro ondeaba con el aliento pútrido de la Bestia. El Monstruo mantuvo a Lázaro inmovilizado entre sus colmillos y contra la pared.

«¡Ayúdame, hombre volador!», jadeó Hugon desde el interior de la apretada bola que lo sujetaba. La Bestia lo envolvió bajo sus colmillos, acercándolo a Lázaro; y Hugon comenzó a toser y reírse entre dientes, como si descubriera un humor macabro en aquel momento tan espantoso. Miró a Lázaro, acusándolo: «¡Tú has conjurado a esta Bestia! ¿Te llamas cristiano volador?», mientras el gigante apartaba al hombre de ojos desorbitados y sonrisa burlona de Lázaro, lo giraba de lado y le devoraba la médula de la cabeza.

Una lluvia de flechas y lanzas cayó sobre la Bestia mientras Lázaro se agachaba, rodaba bajo enormes colmillos y recuperaba el equilibrio. Cargó hacia las puertas dobles y se detuvo ante las ballestas que le apuntaban. Sin embargo, la Bestia lo persiguió. Los soldados alzaron sus armas sobre Lázaro y le acribillaron la cara con flechas, justo cuando este giró y retrocedió en la otra dirección, bordeando el salón. Entre el polvo y los escombros que seguían cayendo del techo, Lázaro divisó estrellas a través de un enorme agujero; sin embargo, el gigante, que se movía apresuradamente, se interponía entre él y un tiro despejado hacia el cielo nocturno.

La sala retumbó y grietas cada vez más grandes surcaron las paredes del salón, descendiendo rápidamente del techo como relámpagos negros; y las piedras de la pared se desmoronaron en los inicios de la ruina. Lázaro despejó el lado opuesto de la plataforma y corrió más allá del triple arco que protegía a las mujeres y los niños ahora fallecidos. De repente, las columnas de contrafuerte se derrumbaron mientras una avalancha de piedras caía sobre él, sus escombros cayendo sobre las losas. Rodó y se puso de pie a duras penas mientras el ogro rugía bajo una lluvia de piedras, y vio el agujero mucho más grande en el techo, con su acogedor cielo negro y mar de estrellas. Al instante, el cielo desapareció tras las enormes alas extendidas de la Bestia, mientras avanzaba hacia él. Entonces se detuvo y sopló.

Lázaro consideró rápidamente el momento; era como si la Bestia supiera que deseaba escapar por el enorme agujero y desafiara cualquier intento. Lázaro supuso que, dada la demostrable velocidad del Gigante Cerdo, no podría alcanzar la suficiente rapidez en un ascenso pronunciado como para evitar su enorme alcance. Es más, Lázaro comprendió que, en el afortunado caso de que escapara de las garras de la Bestia en pleno vuelo, el Monstruo sin duda le llevaría la misma ventaja, y por experiencia sabía que no podría escapar de las poderosas alas de la Bestia al ascender a los cielos. Lázaro consideró todo esto y lo descartó al instante mientras se alejaba rápidamente desde el punto muerto y atornillado más abajo en la pared.

Se lanzó en la dirección desde donde los soldados lo habían escoltado inicialmente al salón; y cargó hacia la entrada ahora desocupada, que conducía a las entrañas del castillo. Entre chorros de mortero derramado, el gigante acribillado a flechas lo persiguió, abriéndose paso rápidamente entre montones de rocas y escombros. Y en un instante, quizás indistinguible de la percepción o de un acontecimiento marcado, Lázaro irrumpió en la entrada justo cuando esta explotaba; y la explosión de piedras que se desintegraban lo arrojó al suelo. Sin embargo, se puso de pie mientras el gigante clavaba su cabeza profundamente en el corredor, para escarbar, rugir y golpear sus colmillos contra los muros derruidos. Lázaro se lanzó hacia adelante, echó a correr, dobló una esquina y descendió por una escalera de caracol que conectó con un corredor inferior del castillo. Saltó hasta la base de la escalera y volvió a girarse, mientras miraba hacia atrás para ver una gran ola de piedras que se derramaba del hueco de la escalera y caía en cascada hacia él. Los colmillos, al golpear con fuerza, apartaron las piedras, dejando al descubierto la enorme cabeza excavadora de la Bestia que la perseguía. Las paredes del salón se arquearon hacia afuera y el techo se derrumbó bajo el colosal cuerpo de la Bestia, pues las reducidas dimensiones del corredor no podían albergar su masa. Aun así, el Monstruo siguió avanzando, abriéndose paso cada vez más profundamente a través de

Lázaro corrió por el pasillo y pasó volando junto a la familiar y tosca puerta de su

antiguo confinamiento. Recorrió los recovecos del pasillo, rodeó un arco y se detuvo. Ante él, donde esperaba una acogedora puerta de hierro, yacía un montón de soldados muertos. Avanzó y divisó un rostro familiar cerca de la base del montón: el del gigante soldado pelirrojo, con la mirada soñolienta, mirando al vacío, salvo a la culata rota de una espada cercana. Por encima del estruendo constante de un castillo que se derrumbaba, el rugido resonante de la Bestia lo impulsó rápidamente a sacar los cuerpos de la pila. Uno por uno, movió a los soldados caídos y los alineó contra la pared y, con cada rugido de la Bestia, con cada temblor de su nuevo ataque, las paredes alrededor de Lázaro se ondulaban con piedras que se movían y se desmoronaban. Y cuando hubo despejado suficientemente a los muertos de la puerta, trepó por encima de los cadáveres restantes y forcejeó con el pestillo de hierro de la puerta, que se negaba a ceder. Golpeó el pestillo mientras las losas se movían bajo sus pies. El mortero se derramaba alrededor de la entrada del pozo mientras la puerta de hierro se doblaba bajo la piedra de remate que se derrumbaba sobre su revestimiento de roca.

—¡Ábrete! —gritó Lázaro, golpeando la puerta con el hombro con fuerza. En un instante, el pestillo se hizo añicos, las bisagras se desprendieron del mortero de piedra y cayó sobre la puerta de un pozo que se derrumbaba sin cesar, lleno de polvo. Sin embargo, entre los escombros, una brisa vespertina lo envolvió y descubrió un manto de estrellas que se extendían sobre él. Se puso de pie de un salto, alzó el vuelo y, con un chasquido de alas, se agarró al borde superior del pozo. Salió, plantó los pies y escudriñó el cielo oriental, con su luna naciente.

Lázaro respiró hondo, impulsó sus alas y se preparó para volar; cuando la voz del prisionero cristiano gritó desde el interior del pozo: «¡Lázaro, ayúdanos!». Se dio la vuelta y miró hacia abajo, entre la bruma de polvo y oscuridad, para descubrir a los prisioneros forcejeando con sus cadenas e intentando arrancar los grilletes que los sujetaban de la pared derrumbada del pozo.

¡BOOM! El suelo del patio tembló bajo las botas de Lázaro, presagiando la inquebrantable determinación del Gigante Cerdo de abrirse paso por el corredor y salir del pozo tras Lázaro. De repente, Lázaro vio al cristiano caer de espaldas, con su cadena suelta del muro derruido. Asimismo, el hombre del norte golpeó con el pie las piedras rotas y se liberó de sus grilletes.

Lázaro se inclinó junto al pozo, agitando vehementemente la mano y gritando: "¡Lánzame tu cadena!" El cristiano le arrojó el extremo suelto de sus grilletes a Lázaro. Y Lázaro agarró la cadena y sacó al prisionero del agujero, haciéndolo rodar a un lado mientras le gritaba al hombre del norte: «¡Ahora, el tuyo! ¡Date prisa!».

A su vez, el gigante lanzó su cadena; y el cristiano ayudó a Lázaro a ponerlo a salvo. "¡Debéis huir! ¡Un gran mal se acerca!", les advirtió Lázaro antes de adentrarse en la oscuridad.

El hombre del norte rodó por el suelo, haciendo una mueca de dolor por el codo gravemente magullado, al ver al cristiano, con las manos en alto y bordeando el terreno, intentando calmar y contener a un gran semental blanco. Y cuando el asustado caballo intentó embestir, el cristiano lo esquivó repetidamente, de un lado a otro, oponiéndose a cada intento de fuga. El hombre del norte gritó, sujetándose el brazo: «¿Así que vas a robar otro corcel?».

El cristiano le lanzó una mirada fulminante. "No, voy a salvar a un corcel de un gran mal." ¡Ahora, levántate y ayúdame!

Sin embargo, el hombre del norte, que estaba herido, simplemente se giró de lado y volvió a sufrir sus dolores.

¡CRASH! A su lado, las paredes del pozo se derrumbaron hacia adentro, las piedras llenaron rápidamente su vacío, mientras una columna de polvo se elevaba desde el interior del pozo. El hombre del norte se puso de pie de un salto y corrió hacia el cristiano, sugiriendo rápidamente: «Bueno, si vamos a salvarlo, y todo lo demás ...» El cristiano le arrojó el extremo suelto de su cadena y le ordenó que retrocediera y formara una valla improvisada y móvil para acorralar a la Bestia. En cuestión de segundos, lograron contener al caballo en un rincón del patio. El cristiano montó sobre el corcel, ayudó a su compañero a subir detrás de él, espoleó al caballo para que saliera del patio y corriera hacia las puertas del castillo. El caballo blanco pasó a toda velocidad junto a las murallas y galopó salvajemente.

"¿Así que el hombre volador te salvó del mismísimo infierno! ¿Qué te parece, hombre del norte?", preguntó el cristiano por encima del hombro, por encima del rugido de los cascos atronadores.

El hombre del norte gritó por encima del aullido del viento: "No, el hombre volador te robó de la gloriosa Valquiria; así que, supongo que tu hombre Ja-Zeus va a esperarte un poco más".

—Oh, a Él no le importa —le respondió el cristiano—. ¡Aunque no creo que tus setenta y siete vírgenes sean tan indulgentes!

El hombre del norte le dio un golpecito firme en el hombro. "Cuida tu lengua, hombre cristiano".

Los antiguos prisioneros de la mina galopaban por una llanura iluminada por la luna y hacia la libertad de la noche cuando divisaron una luna titilante y la minúscula pero aún perceptible silueta de un hombre solitario que volaba, cruzando a través de la ventana redonda de tonos dorados de la luna.

[Fin del capítulo 16]



Esta obra literaria fue creada d exclusivamente en dedicación de

## Edgar Allan Poe (1809-1849)

— Que su legado perdure en todos nosotros —



~[GothicNovel.Org](https://www.gothicnovel.org)~